

Aliento de victoria

POR FEDERICO BORGNA

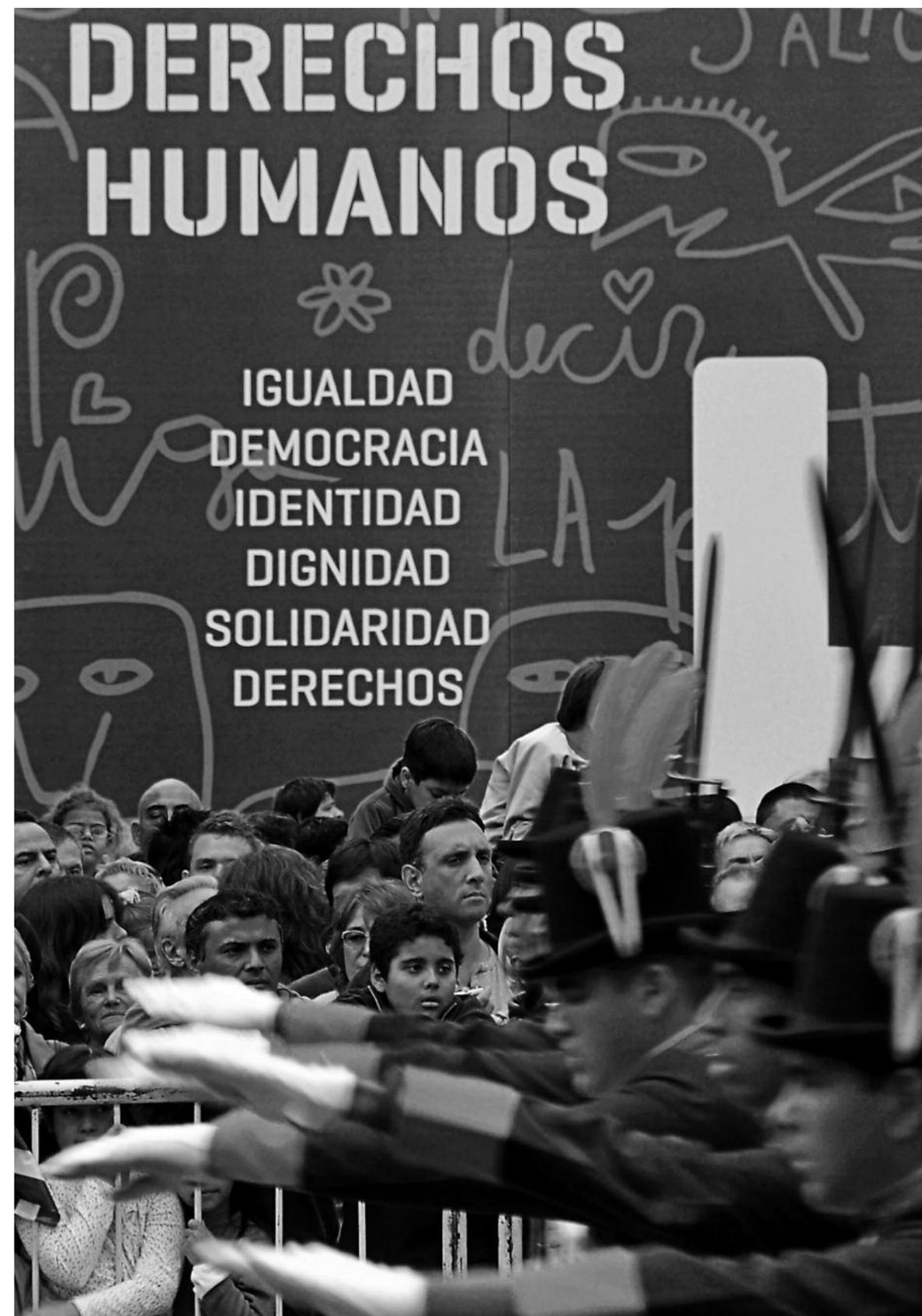
Licenciado en Sociología (UBA), cursa la maestría en Sociología Económica (UNSAM). Es docente de Estado y políticas públicas en la UNSAM. Se desempeñó como docente de Historia constitucional argentina y latinoamericana en la UNDAV y como tutor en la Diplomatura de Fortalecimiento de Organizaciones Sociales Territoriales (UNSAM). Su área de trabajo es la sociología del desarrollo y sus temas giran en torno a la relación de la democracia con el modo de organización política y las necesidades del desarrollo económico nacional. Actualmente es Director de Inclusión y Desarrollo Educativo de la Secretaría de Cultura, Educación y Deportes de la Municipalidad de Merlo.

Dependencia, por definición, es un concepto relacional. La independencia es el sentido nuevo de aquella relación. Pensar la independencia es pensar sus relaciones. En nuestro caso, nos interpelan las relaciones con densidad política. Entre ellas, seleccionaremos aquellas que nos resulten imposibles de descartar. Pensar por un instante en 1816 y/o 1916 nos lleva de inmediato a un complejo entramado histórico. Intentemos, sin embargo, hacerlo sin detenernos en los sujetos de esa historia, sin pensar en la instancia del capitalismo en cada uno de esos momentos o la relación de lo nacional con lo global, sin considerar las conformaciones de la clase dominante local y su dinámica en la estructura económica, sin pensar en las condiciones de las clases subalternas o los liderazgos políticos, las ideologías, los proyectos, sin pensar en el Estado, sin pensar en la democracia. El instante de una reflexión de ese tipo sería sólo un recuerdo y no una conmemoración de implicancias para la acción. Es en todos esos planos de análisis, por lo tanto, donde habitan las claves de lectura y de acción, esas imprescindibles para dar cuenta del Bicentenario y para ejercer la emancipación. Debemos en consecuencia asumir algunos riesgos menores. El de no profundizar algunas afirmaciones, el de asumir como conclusos algunos debates inconclusos, el de ensayar aparentes simplificaciones, etcétera. Pero éste es el paso previo a un riesgo más relevante a nuestro entender, que tiene que ver con el compromiso de la posición y de la acción política del presente. Estas líneas proponen pensar el año 2016, del Bicentenario, pero para indagar posiciones, para recrear acciones y más que nunca para reasumir convicciones.

TENSIONES, VICTORIAS Y DERROTAS

El mundo puja entre dos fases del capitalismo. Un capitalismo financiero y uno productivista. El primero circula dinero y el segundo, mano de obra y mercancías. El primero no produce los bienes necesarios para la mayoría de la población mundial, en la medida en que la fracción dominante que lo impulsa y usufructúa ya no los precisa para su acumulación del capital y para la reproducción de sus ganancias. El segundo, en cambio, produce bienes de consumo masivo con alta circulación de mercancías (escala de exportación), con alta productividad y por sobre todo con salarios mínimos en relación con la historia capitalista reciente. Existe, en esta relación, vínculos tanto complementarios como confortativos, sobre los cuales no profundizaremos aquí en función de nuestros objetivos. Sólo nos interesa identificar ambas fracciones del poder global y la tendencia de su dinámica política y económica, por cuanto replican a su vez tendencias imperialistas de otras etapas históricas. Hoy se trata de un imperialismo financiero o imperialismo productivista en el marco de un capitalismo global.

Dejaremos de lado, por ahora, la tensión entre los dos exponentes de dominación mundial para introducir en el análisis las tensiones de primer orden que existen hacia el interior de cada uno de estos proyectos de dominación global. El ávido lector podrá encontrar, con un simple repaso de la historia reciente, incluso de la nacional y con honrosos ejemplos, abundantes muestras de la tensión central y evidente entre el proyecto de dominación financiera y la soberanía nacional. Es decir, el capitalismo financiero encuentra como tensión, y al ▶



disminución del nivel de ingresos. Este factor incrementa la resistencia social y sindical para la implementación del modelo productivista a nivel mundial, operando como condicionante de su expansión política, más allá de la económica. En síntesis, los dos proyectos de dominación global actuales contienen dos ejes de tensión estructurales hacia su interior: el Estado y el salario. Los proyectos políticos que requieren, tanto del Estado como del salario simultáneamente, se encuentran con la reedición de una nueva tercera posición, en relación con los dos imperialismos que hoy se disputan el mundo.

Las herencias del neoliberalismo en América Latina volvieron imprescindible, para la reconstitución del orden de la clase dominante, un Estado que reconstituya los modelos de organización social fragmentados en el período neoliberal. Del mismo modo, los períodos posneoliberales encontraron imprescindibles la creación de empleo, la mejora del salario y la distribución del ingreso, proceso por el cual se reconstituyeron los modelos de acumulación nacional capaces de garantizar un nuevo orden, aunque de tensión latente, entre sectores dominantes y subalternos. América Latina en su conjunto, por lo tanto, implicó una tercera posición en relación con los proyectos globales de dominación. Aquella tercera posición en la Argentina emergió en el siglo XXI como la conclusión histórica frente a los nuevos imperialismos. Asistimos, de cara al Bicentenario, a una disputa global y local frente a esa conclusión histórica de los pueblos sudamericanos. Los pueblos que luchan por la soberanía nacional de sus Estados y por el salario de sus trabajadores están luchando como antaño por su propia independencia. Éste es el tránsito presente de la gesta emancipadora, pero que ahora exhibe una profundización de la tensión latente, que demanda resolución, que demanda una nueva y profunda victoria.

Nuestro proceso histórico reconoce grandes derrotas del campo popular y sólo algunas victorias. Aunque los actores suelen arrogarse la magnitud para su tiempo, derrotas existieron siempre y más duras aun que las del presente. Las victorias, en cambio, nunca abundaron. El Bicentenario condensa un momento histórico de profunda densidad política, tanto por su victoria como por sus derrotas. Una dura derrota electoral evidencia el tenor previo de una de esas pocas victorias que lleva en su haber el pueblo argentino, y por la que se abre una nueva etapa política, inédita para la historia de la nación, con más condiciones que condicionantes para el pueblo argentino en su gesta de emancipación.

LAS CONDICIONES

Descritas brevemente las características diferenciales de los proyectos globales de dominación, incorporaremos una dimensión que comparten y que opera como plata-

► mismo tiempo como condición, la relación que establezca o imponga su proyecto de dominación global con la soberanía de las naciones. Soberanía nacional, que desde 1789 es lo mismo que decir Estados nacionales, y que implica una disputa política y teórica con los propios legados de todo el constitucionalismo moderno. Invitamos a que el lector corrobore la afirmación, ya que pronto le sobrarán tanto textos como hechos. Por su parte, el proyecto productivista contiene una tensión ontológica en otra escala: los salarios, salarios mínimos, que son a su vez la condición y el condicionante. La condición contempla su ecuación de productividad privilegiada en términos del capital, conformando una tendencia monopólica global en la producción industrial. Condición que opera como condicionante para la expansión de su proyecto a escala global. En primer lugar, por la tradición industrial de salarios para la expansión del consumo, en tanto herencia vigente del momento bipolar. Es decir, una organización social estructurada en torno a cierto nivel de ingresos que no es efímero desarticular. A escala global los salarios mínimos, aunque en otra dimensión operan como condición de dominación, también tienden a reducir la expansión del consumo por vía de la

LOS DOS PROYECTOS DE DOMINACIÓN GLOBAL ACTUALES CONTIENEN DOS EJES DE TENSIÓN ESTRUCTURALES HACIA SU INTERIOR: EL ESTADO Y EL SALARIO.

forma indistinta de dominación: el orden. Ambos proyectos comparten un orden imperturbable para su modo de organización social. El orden del mercado en un caso y el orden de Estado en el otro. Valgan de ejemplo los Estados Unidos y China, respectivamente, como exponentes: liberalismo de mercado y autoritarismo de Estado. La libertad del hambre y de la soledad del hombre frente a la autoridad total de la explotación legal.

Ambas concepciones evidencian, sin embargo, una ausencia. Implican en sí la negación del sujeto en su carácter colectivo. El sujeto sin colectivo donde domina el mercado o el colectivo sin sujeto donde domina el Estado.

La negación del carácter colectivo del sujeto es, en definitiva, la negación de la capacidad política de los sujetos. Es la ausencia de la política en los modos de organización social dominantes a nivel global. Ausentar a la política es subordinar a la democracia.

La ausencia de la política, en tanto eje del orden social, es la vacancia sobre la que emerge la reedición de la tercera posición. La política para disputar la dominación global y para avanzar en la emancipación nacional. La política como condición surge con base objetiva en dos articulaciones negadas por la dominación global. Política para de-

fender el Estado y para defender el salario.

Ambas son condiciones objetivas para la realización colectiva de los sujetos de nuestra región y nación. La defensa del Estado y del salario tiene a la democracia como el mecanismo, como el garante y como el protagonista. La construcción de voluntades mayoritarias en torno a la defensa de estos dos ejes ubica a la democracia como el campo de disputa de la dominación local. Que los proyectos de dominación global que no la contemplan como el eje de su modo de organización social asuman a la democracia como el mecanismo y el plano para la reversión de los procesos no alineados con los dos grandes imperialismos del presente, denota un avance histórico en la gesta emancipadora y cosecha una victoria popular del proceso iniciado en América Latina y en la Argentina en la década posneoliberal. Proceso que vía la democracia intervino tanto en el tipo de Estado de nuestras naciones, como en los niveles de salarios de nuestros trabajadores. Una democracia rebelde de los poderes globales y locales pero no independiente de ellos, una democracia con distintos márgenes de armonización. La dimensión de este avance democrático en la toda la región alineó los intereses de ambas expresiones globales con los intereses de los poderes fácticos locales, lo que reconstituyó las alianzas de clases de toda la región. La imposición, y en este sentido la victoria, de que la democracia es causa del modo de organización social y no sólo consecuencia, condicionó el plano de la restauración al propio ámbito democrático, es decir, al plano donde las mayorías son un actor plausible de poder hegemónico. Transición que implica duras derrotas, democráticas y seudodemocráticas, pero que obligaron a la clase dominante a disputar plenamente en el campo de la política y de la democracia. Este proceso abre en la Argentina una nueva etapa de acumulación democrática que implica grandes desafíos y oportunidades. Desafíos que van más allá del autoflagelo crónico de la derrota, en donde algunos epifenómenos de clase dominante se alojan, ya sea por pereza intelectual, mediocridad política o cobardía histórica, para no asumir las oportunidades y necesidades que el pueblo argentino tiene por delante.

DESAFÍOS

En la medida en que la democracia es el gobierno de las mayorías y que es el campo de disputa de los poderes locales y globales para la dominación plena de los poderes fácticos, cabe una nueva tarea histórica de los sectores populares, es decir, mayoritarios: asumirse como clase dominante.

Asumirse como clase dominante implica construir un nuevo consenso de clase que garantice su posición democrática dominante. Quien defiende al Estado y al salario es parte de la clase. A quien le afecte la ausencia del ►

caracterización. Podemos arriesgar, para nuestros fines, la siguiente: 1916 abre la primera fase de acumulación democrática del pueblo argentino. La participación, aunque restringida, surge como condición de dominación para la clase oligárquica, y en este sentido es el inicio de la emancipación democrática. En 1945-46 se impone la segunda instancia. Se constituye al pueblo como un poder político de la nación. Recién en 2003 emerge la tercera: la democracia como la herramienta de transformación. Se trata de tres victorias populares, en términos democráticos, contra cientos de derrotas. Sin embargo, el proyecto emancipador sigue en curso para la reflexión de aquellos que por la derrota pierden hasta sus victorias.

La característica central de la tercera fase de acumulación democrática estuvo dada por la recuperación del Estado, del empleo y de la distribución del ingreso. Son justamente estos factores los que explican la derrota y no los errores de la etapa. Sumando todos los "errores" de la década nacional pasada no se equipara con la densidad política e histórica de sus aciertos e implicancias. Los cambios, sean avances o retrocesos, no se dan por las condiciones excepcionales sino por sus regularidades. Estado (soberanía), empleo y distribución del ingreso son los ámbitos en donde la democracia no estaba invitada a decidir, sino sólo a administrar. La conducción política de la línea histórica de la emancipación tensionó los límites impuestos por la dominación de la clase dominante. Y los costos de la emancipación siempre fueron los mismos, las derrotas, salvo las contadas victorias mencionadas, que por ser pocas son tan valiosas y no debemos soslayar una victoria histórica por una derrota coyuntural. Quien no esté dispuesto a asumirlas, y superarlas, deberá repensar su pertenencia histórica. La felicidad del pueblo nunca fue un camino de saturado de éxitos, sino de luchas y de convicciones permanentes a través de estos 200 años de historia.

En relación con la clase dominante, no interesa aquí identificar la etapa pendular en que se encontraba o encuentra su articulación, aunque desde luego esto influye en los tiempos y las posiciones de la política. Sin embargo, en esta ocasión, el impulso de la articulación opositora se entiende más por su enemigo que por su eventual aliado. La articulación opositora se da por lo realizado (distribución) y sobre todo por la amenaza de la transformación democrática, más allá de la instancia de articulación al interior de la clase dominante. Un proyecto político apropiado de la democracia amenaza la condición de la dependencia y por lo tanto a su clase dominante. En esta instancia histórica las tensiones y los equilibrios latentes se hacen evidentes y se despliegan los nuevos mecanismos de dominación.

La derrota, en este marco, constituida ya en el campo de la democracia, abre una nueva etapa histórica

- Estado y la disminución del salario/empleo es parte de la clase. Todos y cada uno por los mecanismos que la política y los liderazgos puedan construir deberán estar representados en el proyecto político de la nueva clase dominante, un nuevo bloque con articulación social, política, económica y cultural, para la construcción de la plena dominación popular. La constitución del nuevo bloque dominante surge con una primera tarea clara, como una consigna simple, ganar elecciones. Y demanda luego un nuevo desafío, más allá de acceder al, el desafío de la dominación. Desafío que requiere de la transformación del Estado y de las estructuras económicas precedentes, una transformación en función de los nuevos intereses de la clase dominante. Una transformación cultural, política y económica del modo de organización nacional. No alcanza ya con gobernar una democracia en el nuevo contexto global, la emancipación nacional demanda una nueva dominación política, popular, nacional y democrática.

ANTECEDENTES

La clase dominante que conformó el Estado nacional, la oligarquía, lo constituyó con la ausencia política de los sectores populares, con la ausencia de la democracia. El Estado nacional se fundó sobre, y detrás de, las espaldas del pueblo argentino. Caseros es la derrota que sintetiza ese proceso y cuyo trazo histórico admite alguna breve

ASISTIMOS, DE CARA AL BICENTENARIO, A UNA DISPUTA GLOBAL Y LOCAL FRENTE A ESA CONCLUSIÓN HISTÓRICA DE LOS PUEBLOS SUDAMERICANOS. LOS PUEBLOS QUE LUCHEN POR LA SOBERANÍA NACIONAL DE SUS ESTADOS Y POR EL SALARIO DE SUS TRABAJADORES ESTÁN LUCHANDO COMO ANTAÑO POR SU PROPIA INDEPENDENCIA.

para los pueblos que luchan por su emancipación.

La respuesta política de la clase dominante a este proceso fue la constitución de su propio partido político, es decir, la democratización de la derecha. El PRO prescinde así del ensayo del transformismo argentino desplegado por medio del Partido Justicialista durante el neoliberalismo. Este foco de poder democrático, desarrollado desde la clase dominante local para saldar la amenaza popular democrática, succiona todas las fracciones subsidiarias de la clase dominante local. Al mismo tiempo que entabla alianzas, al representar y resguardar los intereses centrales de los dos polos de poder global, por medio de variados mecanismos vinculantes.

Mencionaremos algunos de estos mecanismos que a nuestro criterio resultan estructurales para la restauración y, por lo tanto, también centrales para pensar la posición y composición de la respuesta política democrática a este proceso.

UNA DURA DERROTA ELECTORAL EVIDENCIA EL TENOR PREVIO DE UNA DE ESAS POCAS VICTORIAS QUE LLEVA EN SU HABER EL PUEBLO ARGENTINO, Y POR LA QUE SE ABRE UNA NUEVA ETAPA POLÍTICA, INÉDITA PARA LA HISTORIA DE LA NACIÓN, CON MÁS CONDICIONES QUE CONDICIONANTES PARA EL PUEBLO ARGENTINO EN SU GESTA DE EMANCIPACIÓN.

Por un lado, la restricción de los márgenes de la soberanía del Estado nacional armoniza unos intereses con el capital financiero de tendencia global dominante, fundamentalmente por el inicio de un nuevo ciclo de endeudamiento soberano. En paralelo y simultáneo, la reducción del nivel de ingreso de los asalariados opera en varias dimensiones. A nivel interno, recomponiendo la tasa de ganancias de los grupos económicos concentrados y monopólicos de producción industrial y de servicios, sean locales o transnacionales. Por su parte, la consecuente disminución del consumo interno redundando en el aumento de los saldos exportables de la burguesía "pampeana", sea local o transnacional, reforzado esto con beneficios impositivos inmediatos y megadevaluación. La simultaneidad de los procesos redundan, en última instancia, en la degradación del mercado interno y con ello en la caída de la producción local, que a su vez abre una nueva instancia de concentración y extranjerización de las estructuras económicas constituidas en la etapa expansiva del ciclo económico posneoliberal. La merma del mercado interno se acompaña con la merma del Estado, vía el ajuste de las cuentas fiscales, lo que abre las condiciones a un nuevo ciclo de privatizaciones para armonizar al capital monopólico extranjero. Proceso que se sutura con la apertura de las importaciones, a manos del capital productivista de escala global dominante, armonizando así los dos polos de poder dominantes a escala global y todas las estructuras de la clase dominante local. Esta articulación dominante entre lo local y lo global se sutura con dos factores del poder fáctico: el sistema judicial y el poder mediático. Por último, el proceso se sustenta en la matriz cultural liberal conformada con la construcción misma del Estado nacional oligárquico y refrendado en todos los momentos históricos de ofensiva antipopular. Toda esta alianza dependentista es la verdadera herencia del proyecto de gobierno, pero que incorpora una novedad histórica, su representación democrática, el PRO. Entre Mitre y Macri, la historia de la dominación. Síntesis para no subestimar la actual dominación, ni para subestimar el tenor que demanda la respuesta popular de confrontación para su emancipación.

CONSIDERACIONES DE LA ACCIÓN

Este proceso ofrece algunas consideraciones políticas, preliminares por la cercanía de los hechos, pero de relevancia para el ejercicio de la práctica política.

La nueva articulación de la clase dominante implica una aguda concentración del poder, al armonizar los dos proyectos de dominación globales, con todos los intereses de la clase dominante local, y en línea con los poderes estables exentos de la participación popular. Todo, además legitimado por medio de la representación política democrática, con partido propio incluido. Se conforma así ►

► en la Argentina una instancia suprahegemónica. Esta instancia opera como polo de atracción de todos los intereses dependentistas y antipopulares, en la medida en que sus intereses de clase están directamente confrontados con los intereses de la clase subalterna, pero a la vez están legitimados por los votos de ésta. La irradiación, además, se impulsa por su confianza de clase, toda vez que la fortaleza de su articulación parecería “garantizar” todas las victorias, tanto en el campo económico, como político, mediático, judicial, internacional y cultural. Esta articulación, sin embargo, ofrece debilidades y oportunidades para la corriente emancipadora.

En los primeros meses del gobierno del PRO se ejecutó de hecho su instancia suprahegemónica y cometió, al entender del autor, un error histórico. El proceso de restauración en marcha no sólo supone y se propone revertir la última etapa del gobierno kirchnerista, es decir, la última instancia de acumulación democrática en donde se avanzó en la distribución del ingreso. Sobrestimando su capacidad hegemónica, buscó y busca revertir también los tres procesos históricos de acumulación democrática al mismo tiempo.

Revertir el nivel de ingreso es revertir el año 2003, en el espacio de la operación económica. Pero también se pretende revertir 1945-6, es decir, la constitución del pueblo como un factor de poder de la nación, vía la desmovilización de la sociedad y de la política, por medio del significativo de la corrupción, a cargo de la fuerza de la invasión mediática. Y revertir, también, la emancipación de la democracia que se inició en 1916. Esto último por medio de la entrega de la soberanía nacional del Estado que esa democracia pretende gobernar. Y hacia el interior por

medio de la judicialización. Es decir, vía el poder judicial, tanto nacional como internacional.

El error, a nuestro entender, subyace en la estrategia de pretender desandar toda la tradición democrática, al mismo tiempo que por primera vez dominan a la sociedad por su intermedio, y legitiman los sacrificios, costos y sanciones populares en función de la propia voluntad democrática.

El mismo proceso que empobrece al pueblo, empodera a la democracia. En esta génesis del avance de la estrategia restauradora, habitan las condiciones del reflujo popular democrático. La dominación estrictamente democrática constituye la latencia de una nueva clase dominante: las mayorías.

Atentos a este riesgo, los sectores dominantes relativizan el margen de la acción de la democracia. Las decisiones, para ellos, son económicas y no políticas, según aducen. Pero al mismo tiempo en la democracia legitiman sus actos de gobierno, pues sin una legitimidad que garantice el orden no se pueden revertir cien años de construcción y avance democráticos. Hay que descargar el costo político de la restauración y las carencias del pueblo, y lo hacen sobre la democracia. La inédita necesidad de la democracia por parte de la clase dominante los condena al campo de la acción de las mayorías. Y en ese plano el campo popular tendrá una inédita oportunidad histórica. Con la democracia se domina, sea una u otra la clase que gobierne. En esta línea, los avances del campo popular de las tres instancias de acumulación democrática lograron imponer por primera vez en nuestra historia a la clase dominante en bloque en el ámbito democrático. Ámbito donde las condiciones ob-

ENTRE MITRE Y MACRI, LA HISTORIA DE LA DOMINACIÓN. SÍNTESIS PARA NO SUBESTIMAR LA ACTUAL DOMINACIÓN, NI PARA SUBESTIMAR EL TENOR QUE DEMANDA LA RESPUESTA POPULAR DE CONFRONTACIÓN PARA SU EMANCIPACIÓN.

jetivas, las mayorías, abren a las clases populares una oportunidad histórica para disputar ya no el gobierno, sino la dominación.

LO PROPIO

La constitución de la suprahegemonía implica al mismo tiempo una reconfiguración del bloque de alianzas de los sectores subalternos, los cuales graduaron, en función de la tensión latente e inconclusa, la profundización de los cambios estructurales en la etapa posneoliberal. Abierto el nuevo escenario, esa configuración se transforma radicalmente. Todo aquel que no defiende el Estado ni el salario tiene ya su lugar en la política y en la historia. Del mismo modo, todos aquellos cuyos intereses estén representados en estos ejes, sea que por ellos luchen o no, ya tienen un espacio en la política, en la democracia, en la historia y en las antípodas de la actual dominación. Digamos, un nuevo frente. La polariza-

NO ALCANZA YA CON GOBERNAR UNA DEMOCRACIA EN EL NUEVO CONTEXTO GLOBAL, LA EMANCIPACIÓN NACIONAL DEMANDA UNA NUEVA DOMINACIÓN POLÍTICA, POPULAR, NACIONAL Y DEMOCRÁTICA.

ción del escenario político regenera los sistemas de alianzas del campo popular, pero por sobre todo sintetizan las condiciones para un nuevo programa político, en función de los plenos intereses de las clases populares y trabajadoras. Un programa político capaz de construir una contrahegemonía, un programa que asuma la necesidad histórica de constituir a las clases populares en la nueva clase dominante.

En la medida en que la clase dominante local articula sus intereses con los proyectos globales imperialistas, garantiza la dependencia y el subdesarrollo de la nación. La nueva clase dominante emergente es, por lo tanto, garante de salario y del Estado, pero también de la emancipación.

Este escenario ofrece una nueva certeza y una oportunidad para el pueblo argentino. Tanto por convicción como por comprensión histórica, la conformación de los intereses de clase y su disputa democrática contra la suprahegemonía dominante reclaman un nuevo programa político de emancipación democrática.

En consecuencia, la posición del campo popular de cara al gobierno no es otra que la defensa de los intereses de una clase, pero ahora también, la de su construcción democrática hegemónica. La política, los partidos, las organizaciones, los representantes del pueblo, la militancia y los liderazgos que asuman este desafío estarán regenerando la línea de la emancipación de una nueva etapa histórica.

El movimiento nacional, en este marco, inicia una cuarta etapa de acumulación democrática, que reconoce algunas tareas de corto, mediano y largo plazo. En primera instancia se impone la defensa de las victorias precedentes en todos los planos, desde lo político a lo sindical, social, cultural, como así también en los gobiernos locales como bastiones de los derechos adquiridos. En el mediano, ganar elecciones. Y en el largo, el desafío de una generación bicentennial, la conformación democrática de una nueva clase dominante. Con la institución de una nueva instancia hegemónica nacional, popular y democrática, y con sus propios mecanismos de dominación.

Todas estas tareas implican y demandan la representación y unidad de todos los intereses objetivos de la base social excluida de la suprahegemonía dominante y gobernante. Ya que los intereses populares habitan, sin excepción, por fuera de la actual instancia de dominación.

Las condiciones, pero también las convicciones, alientan una nueva articulación para la próxima victoria popular. Sobre las condiciones operan los análisis, sobre las convicciones, el sentido del deber, de pertenencia histórica y de trascendencia. No abandonar las convicciones tras la puerta de una derrota implica también asumir el legado de nuestra emancipación. •